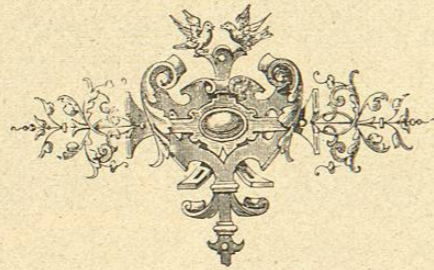


sudor, aunque hacía mucho frío.» Napoleón, con semejantes soldados, lo creyó posible todo.

En el momento en que tantas razones se aunaban para infundirle moderación, quiso inmiscuirse en los asuntos de España, y entonces fué cuando su ambición estalló en toda su fuerza y cuando añadió á ella la perfidia y la violencia.



CAPITULO V

ASUNTOS DE ESPAÑA

FONTAINEBLEAU. — BAYONA. — BAILÉN. — ERFURT.
SOMOSIERRA. — MADRID. — LOS INGLESES EN LA PENÍNSULA. — LA CORUÑA.
ZARAGOZA. — PRINCIPIO DEL LEVANTAMIENTO DE LOS PUEBLOS



ON la paz de Tilsit no cesaron las hostilidades en el continente. Mientras que el Czar se disponía á abandonar á sus aliados y estaba en tratos con Napoleón, el rey de Suecia rompió repentinamente el armisticio (3 de Julio de 1807).

Gustavo IV era, como se ha dicho, una caricatura de Carlos XII. «Influido por visiones propias de un iluminado y fascinado por el obispo de Lunden, tan insensato como él, dice M. Barante, organizó un cuerpo de emigrados franceses al mando de Aumont y llamó á Stralsund á Luis XVIII, que no podía continuar en Mittau después de firmar la paz entre Francia y Alejandro. Imaginóse que á la llegada de aquel príncipe el ejército francés, tocado del arrepentimiento y lleno de entusiasmo por su legítimo soberano, se apresuraría á abandonar á Napoleón; declaróle, pues, la guerra.» No fué ésta de larga duración: el general Brune sitió á Stralsund; las operaciones, iniciadas con gran energía y superior talento por Chasseloup-Laubat,

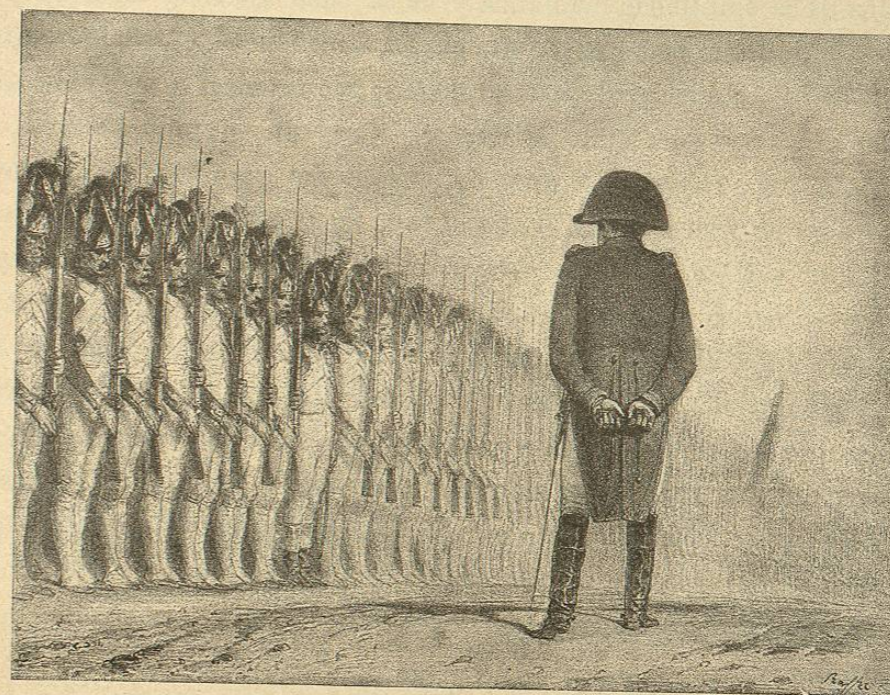
fueron un modelo de precisión, vigor y rapidez; la ciudad capituló en 21 de Agosto de 1807. Luis XVIII, que estuvo á punto de caer prisionero al dirigirse hacia Stralsund, donde los Franceses acababan de entrar, desembarcó en Carlsrona el mismo día que Gustavo IV. Los suecos perdieron toda la Pomerania y la isla de Rugen (1).

En estos momentos, Inglaterra compensaba el desastre de sus aliados con una victoria mucho más deshonrosa que una derrota. Dinamarca había mantenido siempre su neutralidad de una manera rigurosa; pero el gobierno inglés, pretextando que podría verse obligada á entrar en la liga marítima que Francia había organizado en su contra, envió al Báltico una escuadra al mando de lord Cathcart, con objeto de destruir ó apresar la armada danesa. El príncipe heredero Federico, que gobernaba en nombre de su padre Cristiano VII, incapacitado por su avanzada edad, rechazó las condiciones que se le imponían y resistió durante seis días un espantoso bombardeo. Una parte de la ciudad había sido presa de las llamas y habían muerto más de 20.000 hombres, niños y mujeres, cuando el general Peymann, creyendo llegado el caso de que «la voz de la humanidad se sobrepusiese á la del honor militar,» accedió á firmar la capitulación. Durante seis semanas trabajaron sin cesar los arsenales, que estaban en poder de los Ingleses, para reparar la escuadra danesa, á fin de llevarla á Inglaterra. Esta salvaje agresión concitó contra esta potencia la indignación de Rusia, Prusia y hasta de la misma Austria, todas las cuales mandaron cumplimentar el bloqueo continental y se adhirieron al decreto de Milán, con el cual Napoleón había contestado á las vejaciones cada día más violentas de Inglaterra.

Unicamente Portugal dejó de seguir su ejemplo, por lo que el Emperador le intimó á que se adhiriese al bloqueo. El príncipe regente de Portugal, cuyo título llevaba desde 1799, aunque se encargó del gobierno en 1793 por enajenación mental de su madre María I, y que desde 1816 reinó con el nombre de Juan VI, era muy adicto á la

(1) Pocos días después de ajustado el armisticio, el rey de Suecia había llamado al mariscal Brune para proponerle formalmente abandonar á Napoleón y reunir sus tropas con el ejército sueco en favor del rey legítimo, proponiéndole que Luis XVIII sabría recompensar debidamente semejante proceder.

política inglesa, por lo que, y sólo para ganar tiempo, se comprometió á cerrar sus puertos á la Gran Bretaña, mientras ratificaba su alianza con ella y se disponía á refugiarse en el Brasil. Napoleón, resuelto entonces á destronar la casa de Braganza, firmó con el gobierno español el tratado de Fontainebleau, en virtud del cual Francia se comprometía á enviar á Portugal 25.000 hombres y España 24.000, dividiéndose aquel reino en tres partes: la del Norte, que se entregaría al



La revista (litografía de Raffet)

rey de Etruria, yerno de Carlos IV, en compensación de Toscana; la del Sur, que debía cederse á Godoy, y el centro, que quedaría en poder de Francia hasta la conclusión de la guerra. Junot partió para Portugal al frente de 25.000 quintos, casi sin instrucción militar; pero precedidos por la fama de los vencedores de Friedland, no encontraron en su marcha el menor obstáculo, llegando á Lisboa, extenuados por la fatiga, algunas horas después de la partida de la corte y de la nobleza portuguesa para el Brasil (Octubre-Noviembre de 1807). Junot organizó militarmente la región sometida, mientras que 24.000 Españoles entraban en los Algarbes.

A pesar de haber secundado el gobierno español los planes de

Napoleón sobre Portugal, éste no confiaba mucho en la corte de Madrid. El anciano Carlos IV, por su avanzada edad y falta de carácter, había abandonado el gobierno en manos de un aventurero llamado Godoy, á quien sucesivamente había nombrado primer ministro, generalísimo, gran almirante, y, por último, príncipe de la Paz, el cual, aun cuando no tuviese otros méritos que el de ser protegido por la reina, María Luisa de Parma, que le sacrificaba su país y su familia, gozaba de la omnimoda confianza y de la más estrecha amistad de Carlos IV, que no podía pasar sin él. La decadencia y rebajamiento moral de la corte española habían llegado por entonces á un grado inverosímil. En la entrevista de Bayona, Napoleón invitó á su mesa á Carlos IV y á su esposa; el ujier de servicio no permitió que Godoy entrara en el comedor, por lo que el rey, en el momento de sentarse, exclamó: «Señor, ¿dónde está Manuel?» Napoleón, sonriéndose, mandó entrar al favorito. Durante la comida, el rey, que padecía gota y reumatismo, habló mucho de su pasión por la caza, á la que atribuyó sus padecimientos. «Todos los días, — dijo, — cualquiera que sea el tiempo, tanto en invierno como en verano, salgo después de oír misa y de almorzar para cazar una horita, y después de haber comido, hasta el anochecer. Manuel se cuida por la noche de enterarme de lo que ocurre, y me acuesto para volver á comenzar al día siguiente, á no impedírmelo alguna ceremonia importante.»

El favorito, á quien Carlos IV había confiado en absoluto el gobierno, era odiado por todo el pueblo español y se le reprochaba el envilecimiento de España y de ser el ejecutor servil de los planes de Francia. Realmente, la alianza con Napoleón era sumamente onerosa y entre otras pérdidas, había consumado la ruina de la marina española, por lo que todo el mundo deseaba, cuando menos, una absoluta neutralidad. Temeroso Godoy de los vientos que tomaba la opinión contra él, y disgustado por los desastres que España había experimentado, entró en tratos secretos con la coalición, y al declararse la guerra de Prusia, había publicado una proclama llamando á las armas á los Españoles contra un enemigo que no nombraba (5 de Octubre de 1806). El triunfo de Napoleón le aterró y no le quedó más recurso que humillarse ante él, alcanzando sólo su gracia entregándole una

división de 14.000 hombres (1), que sirvió á las órdenes de Bernadotte en la campaña de Polonia. Esta intentona de Godoy, por desastrosa que hubiese sido, no dejaba de constituir un aviso para Napoleón.

Encontrábase éste, con respecto á España, en el mismo caso que los Borbones de Francia antes que uno de ellos se sentase en el trono de aquella nación. Luis XIV aseguró á Francia la frontera de los Piri-



Dibujo satírico alusivo á la época de la ocupación de Nuremberg por las tropas francesas. (Copia de un grabado alemán)

neos llevando á España á su nieto, con cuya alianza creía que sus sucesores podrían contar. Napoleón creía igualmente que la corona de España debía quedar en manos de un príncipe sometido á su influjo y completamente dispuesto á secundar sus miras. En un principio pensó dotar á este país de una constitución democrática y de instituciones políticas que le hubiesen afrancesado por completo, pero pronto hubo de comprender que no era posible contar con la raza degenerada de los Borbones para realizar semejantes cambios. Concibió enton-

(1) Esta división iba mandada por el marqués de la Romana, que tan célebre se hizo después. — (N. del T.)